



<p>EDICION DE LUJO.</p> <p>—</p> <p><b>Dos reales</b></p> <p>AL RECIBIR EL NÚMERO.</p>	<p>DIRECTORA,</p> <p><b>LA BARONESA DE WILSON</b></p> <p>—</p> <p>EDITORES PROPIETARIOS,</p> <p><b>J. CASTRO Y COMPAÑÍA.</b></p>	<p>EDICION ECONOMICA.</p> <p>—</p> <p><b>Un real</b></p> <p>AL RECIBIR EL NÚMERO.</p>
<p><b>Año II.</b></p>	<p><b>Madrid 6 de Febrero de 1872</b></p>	<p><b>Núm 5.º</b></p>

## SUMARIO.

*Advertencia.*—Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—*El Retrato*, por Adeláida Vales.—*La flor del Angel*, por la señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—*El Libro del corazon*, por don Ramon Ortega y Frias.—*Charada.*—*Explicacion de los grabados.*

## ADVERTENCIA.

Siendo tan numerosa la correspondencia diaria, rogamos á las señoras suscriptoras que deseen se les conteste directamente, remitan un sello de medio real para la contestacion.

## REVISTA DE MODAS Y LABORES.

### I.

Hace algunas noches que una amiga mia recién llegada de Paris, me convidó á tomar el té y á pasar un rato á su lado en la linda casa que en el barrio de Salamanca posee.

Acepté, y despues de habernos ocupado largo rato de recuerdos pasados, de amigos muertos, ó ausentes, y de las dos preciosas niñas de mi amiga, modelos de educacion y de inteligencia, y que apenas de nueve años la una y de once la otra, ya comprenden perfectamente sus deberes filiales

ayudando en sus tareas á su virtuosa madre, ocupándonos, finalmente, de los salones parisienses, mi amiga me mostró algunos lindísimos trajes, y sobre todo, me describió con encantadora gracia mil detalles concernientes á la moda.

«En Paris, amiga mia, me dijo, tienen gran boga para los bailes, el tul, la tarlatana y la gasa, porque son ménos costosas esas telas que otras no tan vaporosas, más ricas y más pesadas. Para jovencitas no hay nada más bonito que esas gasas sembradas de florecillas sencillas, pero elegantes y juveniles.

«Los vestidos de tarlatana con profusion de volantes, drapeadas las túnicas y muy recogidas de los lados, son distinguidísimos, advirtiéndome que el corpiño con drapeados de tarlatana, es para jóven casada, y con berta con volante, para jovencita.»

Entre otras cosas, me dijo mi ingeniosa amiga que los sombreros redondos continuaban reinando, y se adoptaban sobre todo por las señoras que acostumbran á pasar el invierno en sus palacios ó casas de provincia; pero que para vestir, la capota es indispensable, como, por ejemplo, una de terciopelo negro con largas caidas de encaje y plumas azules, que armonizaba con un traje de terciopelo adornado con lengüetas de raso y encaje. Corpiño con solapas de raso y túnica muy corta, guarnecida con raso y un lujoso fleco.

Elegantísimo es uno de los vestidos que mi amiga me presentó como modelos.

Era de faya gris perla con semi-cola y un volante ancho bordeado con faya color de lila: la cabecilla forma conchas de distancia en distancia; la túnica es color de lila, ó más bien violeta de Parma, adornada con encaje de Brujas; el corpiño tiene escote cuadrado y la manga es ajustada hasta el codo, y desde allí la guarnece un volante doble de faya y encaje.



También ví un traje de baile de la mayor distinción: era de crespón de China blanco; una banda de tafetán rosa estaba sujeta en el hombro con una flor, y dos caídas adornaban el costado del vestido. Una guirnalda de rosas y follaje guarnecía el volante de la falda y el corpiño; rosa y follaje en los cabellos.

Para una de las bonitas niñas que he mencionado, estaba destinado un traje de raso negro con volante; corpiño y túnica de raso cereza, así como la manga; los adornos y lazos de raso negro, destacaban admirablemente sobre el color fuerte. Un encaje negro bordeaba la túnica y las mangas, y una cinta y lazo cereza debía adornar las trenzas de cabellos negros.

Para completar los modelos, había otro de bata tan elegante como original.

Era de percalbatista con doble falda; la primera estaba adornada con dos volantes cuya cabeza es un bullonado; la túnica, redonda, ostentaba el mismo adorno, así como el corpiño; la bata, cerrada con lazos de faya rosa, ó azules, era elegantísima.

De lanilla pueden hacerse la mayor parte de los modelos que indicamos, pues la bata con lazos de glasé ó terciopelo y en color tierra, habana ó gris, no sería menos elegante.

Y al hablar de telas de lana, no olvidaremos recomendar á nuestras lectoras, el surtido fabulosamente barato que de todas clases y en lindísimos colores, han recibido en el comercio de las *Siete Naciones*, calle de Jacometrezo, 37 y 39.

Como varias veces hemos repetido, por todos los medios nos proponemos ser útiles á nuestras amables lectoras, y al mirar en lontananza la severa Semana Santa, podemos ofrecer gró y glasé negro, así como *imperial* de colores, en clase superior, que adornados con raso, flecos ó pasamanería, formarán lujosos trajes.

La modista de EL ÚLTIMO FIGURIN, es una francesa tan inteligente como ingeniosa y de buen gusto, y sabe armonizar la sencillez y la distinción, la economía con la elegancia; y estando expresamente dedicada á las señoras suscriptoras de nuestro periódico, pueden obtener sus trajes en épocas fijas y con toda exactitud.

El carnaval se aproxima, y aun cuando ya hemos dado algunas descripciones de trajes, sin embargo, citaremos varios para niñas y niños, que son de la mayor novedad.

Traje de *instrucción primaria* es el de un niño de cinco á seis años: pantalon y blusa de paño azul, con una banda de números en cada lado, y en el pecho un alfabeto, notas de música en las mangas, una carpeta colocada como una mo-

chila y un lindo tintero de hule en la cabeza con su pluma blanca; es tan nuevo como ingenioso.

Para niña es lindísimo uno de aldeana con falda encarnada y blanca, corpiño de terciopelo negro, mangas blancas iguales al delantal, y adornadas con encaje. Un lazo de terciopelo con toca blanca, adorna la cabeza.

De *costurera* es otro para niña de doce años: lo componen una falda de seda rosa y túnica Luis XV, corpiño de seda blanca con fichú de encaje. Como adorno en la primera falda, lleva una serie de carretes de seda plateados y que forman la cabeza del volante. Una estrella, de marfil con seda azul recoge la túnica, y á un lado están pendientes unas grandes

tijeras de marfil, y del otro lado de la túnica un paquete de madejas de lana, en la cabeza alfileres de plata, en el cuello cinta de terciopelo con un pequeño accesorio de plata, y dos dedales de esto mismo forman los pendientes.

## II.

El grabado para crochet, que en este número presentamos, es precioso para paño de butacas, banquetas de piano y cubre-edredon.

Se hace esta bellísima labor al crochet y con serpentina, siendo preciso que para el fleco se emplee algodón del número 30. No es de difícil ejecución para las personas que ya dominan el crochet, y hayan ejecutado alguna labor de esa clase. Más que nunca están en boga las flores de estambre para cojines de sofá, formando un círculo y en el centro el escudo ó iniciales, pues hace un efecto encantador: también se forman jardineras para adorno de zócalos ó mesillas, y con musgo y algunas flores de crochet: es

facilísimo, siendo de perspectiva elegante y bella.

El encaje inglés, ó del Renacimiento, es verdaderamente artístico, y forma lujosas bandas para camisas, cuellos, puños, enaguas, y todos esos objetos que requieren esmero y buen gusto, pudiendo ofrecer á nuestras lectoras galoncillos desde real y medio la vara á dos y medio el más ancho, hilo y muestras.

Preciosos almohadones hemos visto, con entredós del Renacimiento, y de lo mismo formadas las marcas, así como de las sábanas, y un precioso cubre-edredon, todo ejecutado con encaje inglés, que resaltaba admirablemente sobre un viso de seda color de oro.

Pronto, muy pronto, nos dedicaremos á instruir en toda clase de labores á nuestras infantiles ó jóvenes lectoras, pues siendo tan necesario, no dudamos nos lo agradecerán las madres de familia.

Al ocuparnos días pasados de esos aparadores de madera

Grabado núm. 1.





tallada, omitimos citar esos preciosos servicios de mesa artísticos, y que imitan al esmalte, hoy tan en boga: la decoración de cada pieza es diferente, y los arbustos, las mariposas, los pájaros y follaje prestan animación y alegría, apartándose algún tanto de la severa loza lisa.

Con buen gusto y orden puede una señora tener el servicio de la mesa elegante y económico, cuidando sobre todo de la armonía en los colores y de buena colocación en los ajustes.

La mantelería marcada en las esquinas es lo más usual; pero para comidas de etiqueta se bordan las iniciales, escudos ó armas en el centro del mantel, cuidando de que las servilletas no tengan dobladillos, y si un pequeño fleco y nos fijamos en estos detalles, porque ellos responden á varias preguntas que las señoras me han dirigido, ofreciendo ocuparme sucesivamente de todo lo que contribuya al acierto y buen gobierno en el interior de las casas.

LA B. DE WILSON.

## EL RETRATO.

Refieren las crónicas que en cierta ocasión, un novio á su novia el retrato dió.

Ella tomó el lienzo con muestras de amor, y el novio en esposo convertido vió.

Después en su alcoba buscó y rebuscó un lugar que fuese de predilección; y allí sin demora, con todo primor, de un clavo dorado su cuadro colgó.

Y colgára siglos hasta sabe Dios, siendo objeto siempre de veneración, si no aconteciera, como aconteció, que el pobre marido la salud perdió.

Su esposa hizo al punto que hiciera yo, (to viendo así á la prenda de mi corazón, mandando en el acto buscar al doctor de más campanillas de la población.

Mas diz que el Galeno tal traza se dió, que á las pocas horas,

y sin confesion, las puertas del cielo al paciente abrió.

Quedó la viudita cual es de rigor que se queden todas en tal ocasión.

Lágrimas á hilo seis meses vertió, que no ha sido mucho si es que mucho amó.

Mas al cabo de ellos ¡oh profanación! en risas y galas los lutos trocó.

Con esto las viejas tanto y tanto horror dijeron y armaron

tal conflagración, que no quedó perro, ni gato quedó, que no demandaran, todos á una voz, las iras del cielo por tal infracción.

Ella ¡ni por esas! un punto cejó, y hé aquí la causa, motivo y razón, de dar á sus tocas un fin tan precoz.

Frente á la morada donde ella gemía dicen que vivía

Grabado núm. 2.



cierto perillan.

¡Excelente hombre, buen mozo y de ingenio pero con un genio como el de Satan.

Que de las mujeres sin cesar huía, por una manía muy particular.

Pensaba el pazguato que la mejor era como horrenda fiera por domesticar.

Mas vió una tarde la linda viuda, mirando sin duda por curiosidad; y gustóle el nene que enfrente vivía, y á mirar volvía... ¡por casualidad!

Así se pasaron algunas semanas, ella en las ventanas dando que decir, olvidando el muerto casi enteramente, y ¡nada! el de enfrente, sin ir ni venir.

Pero la ladina, viendo desairadas sus dulces miradas, de rumbo cambió; y al fin hizo tantas, tantas monerías, que á los pocos días á sus piés le vió.

Y aunque echando pes y asaz contrariado (tes, por verse domado por una mujer, se rindió no obstante por saber si era tan graciosa fiera tanto de temer.

No dicen las crónicas cómo acabó el cuento, y á fé que lo siento, pues me gusta hablar; mas sí que el retrato, que ella quiso tanto, como por encanto

mudó de lugar.

Porque era aquel lienzo un recuerdo helado de un tiempo pasado, de un primer amor; y la fría imagen, tan abandonada, diz que á la enlutada causaba pavor.

Por eso una noche de allí la quitaron; donde la arrojaron tampoco lo sé; mas luego notóse que el cuadro cesante por otro al instante reemplazado fué.

¡Los que de ilusiones





## EXPLICACION DE LOS SIETE MODELOS.

1.º Traje para paseo, de seda color marron y terciopelo.—Un volante adorna la primera falda, con cabecilla: tendrá 50 centímetros por detrás y 60 por delante: el biés de terciopelo que sujeta la cabecilla tiene 4 centímetros de ancho, y la cabecilla 5. Túnica muy corta y guarnecida con un volante de 8 centímetros, formando puff por detrás: chaqueta ajustada de terciopelo marron, con aldetas cortas y abiertas. Manga ancha, forrada con raso azul: la punta llega hasta la cabecilla del volante de la primera falda. Sombrero-capota de terciopelo marron, con caída de encaje y plumas azules.

2.º Vestido de seda azul-marino.—La falda es de cola, adornada por detrás y por los lados con dos anchos bullones dentados y enlazados. Uno de ellos, más ancho por detrás, sube por los lados

disminuyendo el ancho, ínterin el otro continúa por delante, y adorna toda la falda. Chaqueta larga Luis XV, formando chaleco por delante, adornado con bullones como la falda, y por detrás, una gran tabla la drapea graciosamente: tres series de fleco la guarnecen. Mangas estrechas. El chaleco debe tener de 40 á 50 centímetros de aldetas, sólo hasta el costado. Lazo de seda rosa en los cabellos.

3.º Vestido de glase negro.—Falda rasante con tres volantes en el borde de 12 centímetros, y á 5 de distancia un bullonado de 20 centímetros, y otro de 8 sube hasta la cintura. Corpiño con peto por delante y postillon por detrás, adornado con rizados y un bullonado formando berta. Cuello Gabriela. Lazo de terciopelo azul en los cabellos.

4.º Vestido de seda color malva para recibir.—Falda rasante y túnica de cola formando manto de corte. Un volante de 45 centímetros, y con anchas medias tablas, adorna la falda: la túnica es lisa. Corpiño con largas aldetas, cerradas por delante por dos trenzados de raso malva y tres lazos: por detrás, las aldetas están adornadas por un volante. Fichú de crespon de China del mismo color malva, con un lazo de raso. Adorno de encaje blanco con lazos de terciopelo negro.

Zapatos Luis XV.

5.º Traje para visita.—Es de faya granate, adornada con tres volantes fruncidos y tres cabecillas encañonadas. Corpiño de terciopelo granate con aldetas, adornado con *guipure*: hombreras de

encaje: manga de faya, con cinco encañonados de 5 centímetros de ancho. Sombrero de terciopelo granate.

6.º Traje de niña.—Vestido de terciopelo azul oscuro, adornado con biéses de raso. Toca de terciopelo.

7.º Vestido para paseo.—Es de paño de París, color bronce, adornado con terciopelo negro. Falda rasante con un volante de 50 centímetros de ancho y con doble cabecilla, adornadas con un biés de terciopelo y sujetas las tablas con botones. Túnica muy corta drapeada formando delantal, guarnecida con terciopelo y fleco: por detrás es recta. Corpiño con aldetas, terciopelo y fleco. Pelerina abierta por detrás y cruzada por delante, adornada con fleco y terciopelo. Sombrero de terciopelo negro y pluma color bronce.

Botas de paño.



vivís tan sedientos,  
escuchadme atentos,  
que no os pesará!  
Nos os fieis del mundo,  
y estad persuadidos  
que «á muertos y á idos  
no hay amigos ya.»

Adeláida Vales.

Ferrol.

## LA FLOR DEL ÁNGEL

(TRADICION VASCONGADA)

POR LA SEÑORA

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

(Continuacion).

Ondarra, por su parte, célibe muchacho y sin familia, se apegaba más de día en día á aquella niña tan bella y desgraciada, complaciéndose en merecer de ella, ya que no podía ser otro sentimiento, la casta afeccion de hija.

Acompañábala en sus escursiones; pasaba á su lado horas enteras á las orillas del rio, oyéndole la incesante historia de sus recuerdos, y consolándola con el felice augurio de la abeja, que no olvidaba su flor; y de aquel modo, el viejo marino y la jóven aldeana, llegaron antes de mucho á hacerse inseparables, con gran contento del padre, pues habia ofrecido *no obligar* á su hija á que tomase esposo en los dos años; pero no estaba en el deber de impedir que se lo tomase ella si se cansaba de aguardar al que parecia olvidarla.

Un día, sin embargo, se extendió de improviso por la aldea una noticia importante. Afirmábase haber fondeado en el puerto de Deva, el mismo buque de que se hizo marinero el jóven Félix Erlía, y no hay necesidad de decir conque apresuramiento y esperanza voló Rosita á las playas.

Su emocion al verse á presencia del capitán del buque se hizo de tal modo opresora, que le faltó completamente la voz, y Ondarra, que la acompañaba, fué quien hubo de preguntar (combatido por tan opuestos sentimientos, que no sabía él mismo que respuesta deseaba).

—¿Forma todavía parte de vuestra tripulacion el marinero Erlía?

—¿Erlía?...—respondió el capitán, sin cuidarse de la ansiedad conque eran escuchadas sus palabras.—¡Voto á bries, que no conozco bergante más afortunado que él! Me engañó para que lo llevara de balde en mi goleta; pero supo arreglarse, durante la travesía, con cierto colono ricacho que iba tambien á bordo, y al que tuvo además la buena suerte de salvarle la vida en el naufragio que tuvimos cerca de las costas de Jamaica. ¡Le daba el corazon al perillan que aquel hombre habia de hacer su fortuna!

—¿Su fortuna!—articuló trémulamente Rosa.—Pues, ¡qué! ¿se ha hecho rico ya Félix Erlía?

—¡Vaya!—repuso el capitán.—El viejo colono le ha pagado el servicio dándole su hija única, que lleva una dote pingüe.

Rosa cayó exánime en los brazos de Anton, que gritó fuera de sí, sobreponiéndose á todo otro sentimiento el interés que le inspiraba aquella pobre criatura:

—¡Mentís! ¡Mentís! ¡Eso no puede ser cierto! Erlía no se ha casado.

—Mucho será,—repuso impasible el otro;—pues cuando he dejado, hace dos meses, las costas de Nueva España, no se hablaba de otra cosa que de aquella próxima boda, de que habia dado parte á todos sus conocidos el padre mismo de la novia.

—¡Oyes, Rosita!—exclamó Anton!—Aún no se habia verificado el casamiento; aún puede ser que se engañe este hombre.

Pero Rosa no le oia; síncope mortal la embargaba. Cuando volvió en sí, se encontró á la márgen del rio, junto al arbusto del ángel, en torno del cual zumbaba alegremente la abeja, y Ondarra, que la sostenia en sus brazos se la mostró, murmurando en su oido estas consoladoras palabras:

—Ella es fiel... ella es fiel todavía.

—¡Pero él no!—gritó la jóven, que recobraba con la vida la conciencia de su desventura.

Y los celos, aquella horrible pasion á la que por su mal era propensa; los celos la encendieron de súbito en tan violento furor, que maldijo al insecto con destempladas voces, acusándole de haberla engañado durante diez y seis meses.

No contenta, sin embargo, con esto, su mano, convulsivamente agitada, cayó de repente sobre la pobre abeja, que acababa de posarse en su querida flor... en la única que no habia sucumbido todavía á los ardores del estío, y en cuyo cáliz, tantas veces acariciado, encontró la triste su sepulcro. ¡Oh! ¡Con cuantas lágrimas tenia que ser expiada aquella muerte impía, que acaso hizo gemir á los dos ángeles que cobijaban, bajo sus blancas alas, los inocentes amores de aquellos pobres niños!...

(Se continuará.)

## EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

Y sin ceremonia alguna, el señor Gonzalez tiró del cordón de la campanilla, diciendo al criado que se presentó:

—Es tarde, y tenemos apetito.

Enrique continuaba paseándose.

Cinco minutos despues anunciaron que el almuerzo estaba en la mesa.

—Vamos, mi querido jóven,—dijo el señor Gonzalez.

El jóven obedeció maquinalmente.

No pronunciaba una palabra; pero en cambio el señor Gonzalez hablaba sin cesar.

¿Contaba con algun medio para conjurar el horrendo peligro que amenazaba?

No, puesto que se encontraba en la misma situacion que Alberto y María.

Nada era posible hacer sin mengua del honor de Magdalena, y este sacrificio no habia de consumarlo ninguno de los que deseaban la felicidad de los dos jóvenes amantes.

El hombre de las gafas verdes almorzó con el mejor apetito.

Ni por un solo instante se alteró su calma glacial.

No habia exagerado al decir que sabia dominarse como pocas criaturas se dominan.

A las tres de la tarde habia cambiado de ropa, vistiéndose de negro.

Su figura aparecia doblemente severa.

—¿Vamos ya?—preguntó.

—¿Adónde?

—A dar el último paso, á tranquilizar nuestra conciencia.

—Nada conseguiremos.

—Esa no es una razon para que hagamos todo lo que es imaginable.

—Si mi rival creyese que doy este paso porque tengo miedo...

—Lo convenceria usted de su error. Además, no vamos á suplicarle, sino á exigirle explicaciones; y si no las dá, le obligaremos á que acepte la provocacion.

—Vamos, pues.

Cuando salian, el viejo criado dirigió una mirada de angustiosa súplica al señor Gonzalez; pero éste, segun su costumbre, se encogió de hombros.

Pocos minutos despues entraron en un coche, y se dirigian á la modesta vivienda de Alberto.

### CAPÍTULO VII.

María tiene que resignarse.

No era posible que María dejase correr los sucesos sin hacer nada, por más que estuviese convencida de que nada le era posible conseguir.





1091.

### EL ÚLTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION: PLAZA DE LA CEBADA, NÚMERO 11.—MADRID

5-72







Había cavilado, y como no encontró medio seguro de evitar la desgracia, quiso apelar al último recurso: al llanto y las súplicas.

Enrique, ciego por la ira y trastornado por los celos, no debía escucharla; pero la infeliz creyó que Alberto no se mostraria indiferente, y dando una prueba más de su grandeza de alma, haria un nuevo sacrificio por su desgraciada madre.

No pensó María que con esto pondría á su hermano en la misma horrible situación en que ella se encontraba, teniendo que elegir entre el honor y el honor de su madre; pero si de su honor había hecho María el sacrificio ¿por qué no había de hacerlo también Alberto?

En opinión de la desdichada joven, todo se remediaría fácilmente: si Alberto salía de Madrid aquel mismo día, si se ocultaba, la cuestión quedaria terminada.

Enrique tendria derecho para decir que su rival era un cobarde.

A los ojos del mundo, Alberto quedaria deshonrado.

Empero se habría salvado la honra de la pobre madre.

¿Era posible que el joven aceptase esta situación?

Lo dudamos.

Había recibido un ultraje, se veía provocado con insistencia, y no era posible que dejase de responder al ultraje y á la provocación.

Si moría en el lance, ¡pobre Magdalena!

Y si á Enrique le tocaba sucumbir, la pobre madre tendria que sufrir lo que era consiguiente, al ver que su hijo había destrozado el corazón de su hija, poniendo fin á la existencia del hombre á quien ésta amaba.

Para María no eran las consecuencias menos espantosas.

Si la suerte favorecía á Enrique, entre éste y ella quedaria un lago de sangre, la sangre de su querido y noble hermano.

—No,—dijo la infeliz joven,—no es posible que Alberto haya previsto todas las consecuencias. Es valeroso, y no le espanta la muerte; pero sí debe espantarle lo que su madre ha de sufrir. Yo le haré comprender la verdadera situación, le recordaré que le doy el ejemplo, y no se negará á consumir el sacrificio. Quedará deshonrado; pero también mi honra queda manchada, mi honra, que no vale menos que la suya. El mundo nos acusará; pero el Omnipotente nos hará justicia y nos bendecirá.

Una vez adoptada esta resolución, no quiso perder un instante, y llamó á su doncella, diciéndola:

—Lucía, eres buena, y me amas.

—Creo que sí,—respondió turbada la sirvienta.

—Me encuentro en una situación horrible.

—¡Dios mío!... No entiendo lo que sucede; pero desde esta mañana...

—Los celos de Enrique.

—¿Y qué hemos de hacer? Cuente usted conmigo para todo; pero es el caso que para convencer al señorito Enrique...

—No es posible convencerlo, porque las apariencias me han condenado.

Lucía inclinó tristemente la cabeza.

María prosiguió diciendo:

—Van á matarse, mi buena Lucía, van á matarse...

—¡Jesús!...

—Nada sabe mi madre.

—Y cuando dos hombres se empeñan en matarse, no es posible ponerlos en paz.

—Hay un solo medio de evitar la desgracia.

—Lo dudo.

—Si Alberto sale inmediatamente de Madrid, todo habrá concluido.

—No querrá irse.

—Le suplicaré, le haré comprender...

—Inténtelo usted, pero nada conseguirá.

—Necesito verlo inmediatamente.

—¿Y quiere usted que yo vaya á buscarlo?

—No, porque si viene se enterará mi madre.

—Entonces...

—Yo iré.

—¿A su casa!...

—Es preciso.

—¿Lo ha pensado usted bien?

—Sí.

—¿Y si llega á saberse?...

—Estoy resuelta y no retrocederé, porque antes que todo es la vida de estos dos hombres á quienes amo tanto.

—¿Amar á los dos á la vez!—dijo para sí la doncella.

Y luego añadió en voz alta:

—Pero si la señora no ha de saberlo...

—Para eso te necesito.

—Aun no entiendo.

—Si antes de que yo vuelva pregunta mi madre por mí, le dirás que estoy en mi dormitorio, porque me dolía mucho la cabeza y he querido acostarme.

—Querrá verla á usted...

—Le advertirás que duermo, haciéndole comprender que no debe despertarme.

—¿Y si se empeña en entrar?

—¿Te faltarán recursos para hacerle desistir? Te conozco, Luisa, y sé que te sobra imaginación para salir airosa de esta empresa.

La doncella guardó silencio y reflexionó.

—Algunos días,—añadió María,—se acuesta mi madre á estas horas, y esta circunstancia te favorecerá.

—Sea como usted quiere.

—Piensa que tal vez de tí depende la vida de esos dos desgraciados, y el reposo de mi madre y mi porvenir. Siento no poder ofrecerte más recompensa que mi cariño, mi gratitud...

—Señorita, me ofende usted...

—Hago justicia á tus sentimientos y reconozco que eres desinteresada; pero en el trastorno de mi dolor...

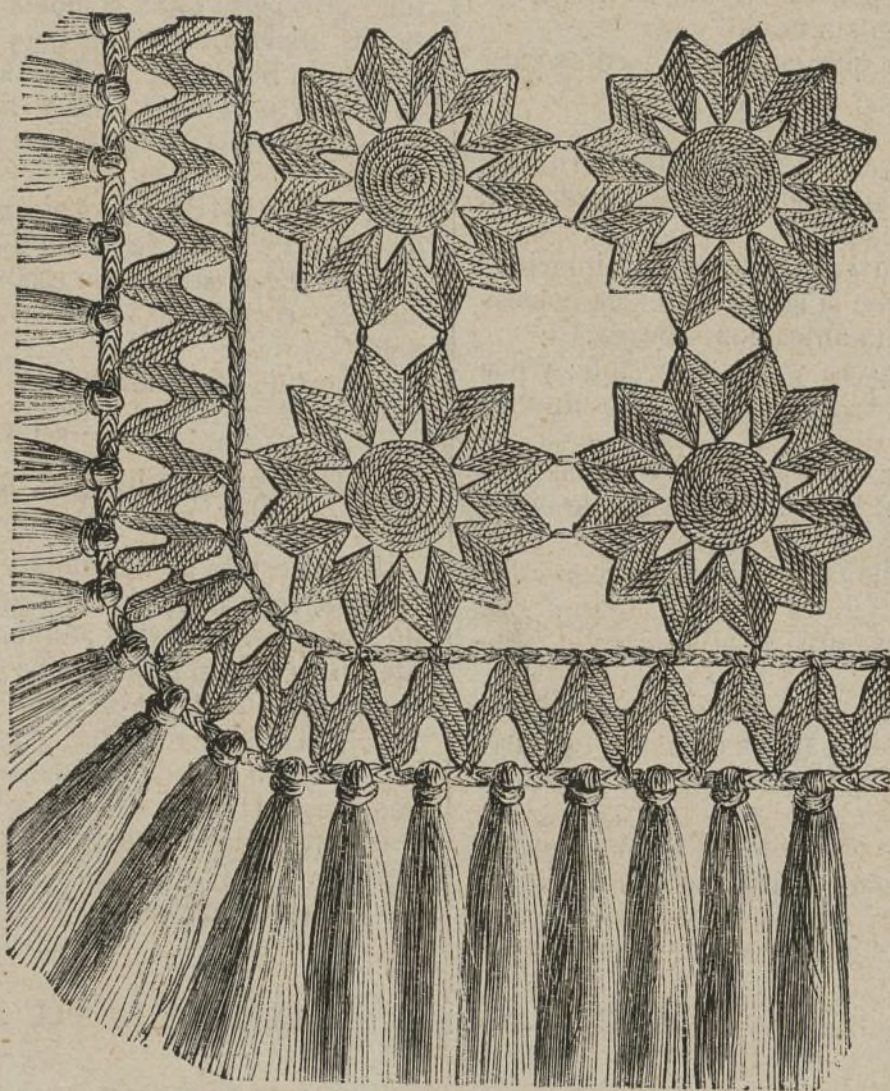
—Me hace usted sufrir.

—¡Ah!—exclamó María mientras elevaba al cielo una mirada de súplica desgarradora.—¿Me abandonará el Omnipotente en estos supremos instantes?

Dos lágrimas brotaron de sus ojos; pero los enjugó y se dispuso á poner en práctica su plan.

Cinco minutos después, vestida de negro y envuelta en un manto, salía de su casa.

Grabado núm. 3.





Triste y pensativa quedó la sirviente.

Sufría también, porque apreciaba en su verdadero valor las consecuencias de su conducta.

Con la mejor intención había cometido una ligereza, no más que una ligereza.

¿Cómo había de creer que el resultado fuese tan horrible?

La pobre Lucía era digna de lástima, porque empezaba á experimentar los tormentos de la conciencia.

Como no conocía la situación en todos sus detalles, le era imposible apreciar los medios con que María contaba para detener el golpe, siquiera para atenuarlo.

Si no había de emplear la desdichada joven más que sus ruegos y su llanto, nada conseguiría, pues todas sus promesas de arrepentimiento no servirían para calmar al celoso Enrique.

—No sé lo que me es posible hacer,—dijo la doncella;—pero ello es preciso hacer algo, porque no he de estar tranquila mientras dos hombres van á matarse. Y después de esto, mi pobre señorita perderá la reputación, porque el mundo es demasiado exigente y no perdona cierta clase de pecados. No me parece un gran delito dar conversación á unos y á otros; pero como á las pobres mujeres se nos exige tanto, al menor desliz, nos tratan sin compasión.

No pensó Lucía en otra cosa que en buscar medios para evitar el conflicto.

¿Los encontraría?

Suponemos que no, puesto que el único medio era revelar el secreto de la deshonrada Magdalena, y este secreto era demasiado para la traviesa sirviente.

La infeliz madre reflexionaba sobre su nueva situación, convenciéndose más y más de que la salvación única consistía en que su hija se casara cuanto antes con Enrique.

Y sin embargo, el casamiento era ya un imposible; y por consiguiente, á la madre y á la hija les aguardaba miseria más espantosa.

Encontrábase Magdalena en su aposento y demasiado preocupada, y las horas debían transcurrir sin que le ocurriese preguntar por su hija.

Esto era cuanto María necesitaba, y sobre este punto debía protegerla la fortuna.

Cuando la infeliz joven se encontró sola en la calle, sintióse completamente aturdida.

Parecíale que la luz del sol no brillaba como siempre.

Creyó que todos los transeúntes fijaban en ella escudriñadoras miradas, y que todos la reconocían su horrible situación.

Apenas acertaba á dar un paso, y como si no conociese las calles de Madrid, dudaba sobre el camino que debía seguir para llegar más pronto á la vivienda de Alberto.

Un vértigo espantoso habíase apoderado de la desdichada joven.

En el interior de su cabeza resonaba un zumbido sordo que la trastornaba más y más.

Sus sienes latían con desigual violencia.

Revolvíase en su pecho el corazón como si hubiera de romperse.

Adelantaba con la inseguridad del que está embriagado.

Sin conciencia del tiempo que transcurría, ni casi de su propia existencia, entró en la vivienda de Alberto.

Este vivía muy modestamente, pues no quería ser gravoso á su madre sino en lo absolutamente preciso, y había buscado una familia honrada que le daba albergue y alimento por una módica cantidad.

También el joven, como era forzoso, pensaba en su horrible situación cuando se presentó su hermana.

—¡María!—exclamó Alberto con profunda sorpresa.

—¡Hermano mío!...

—¡Tú aquí!...

—Ya lo ves.

—¡Sola!...

—Dios me acompañe.

—¿Qué sucede?

—¿Eso preguntas?... Alberto, por la honra de nuestra madre me han visto hacer sin vacilar el sacrificio de mi honra.

(Se continuará.)

## CHARADA.

En mi primera y tercera  
Un gran físico verás;  
Mi segunda es una letra;  
Segunda y tercera te dan...  
(¡Pícaro combinación!)  
Nada de particular;  
Pendiente de ella estuviste,  
Aunque no te acordarás.  
Demostrarás con mi todo  
Buen humor y agilidad.

### EXPLICACION DEL FIGURIN SUELTO.

1.º Traje Luis XIV.—Vestido de seda y raso. Volantes alternados y puestos en delantal. Falda de color, con dobles conchas de cada lado. Corpiño escotado. Chaleco de raso, abotonado por delante, y formando aldeta cuadrada: el corpiño gris perla tiene la aldeta más corta, y la manga con volantes alternados, color paja y gris, y un doble volante de encaje de Inglaterra, y del mismo, más estrecho, adornado el corpiño y la falda. Collar y diadema de oro.

Zapato de raso gris, con lazo Fenelon, de raso, paja y blonda.

2.º Vestido de terciopelo color violeta.—La falda adornada con un volante de punto de Venecia y cinta de terciopelo. Corpiño *Edad media*, con escote cuadrado y manga larga. Las aldetas, corpiño y mangas, adornado con encaje y terciopelo.

Botas de raso violeta.

### EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

1.º Vestido de tarlatana y seda.—Falda de cola, con dos rizados, separados con una guirnalda de rosas. Túnica de seda lisa, y recogida de cada lado. Corpiño con escote redondo berta con rizado de tarlatana y rosas. Cinturón de raso rosa, y las mismas flores en el cabello.

2.º Traje de raso azul y gasa de Chambéry.—La falda es de cola, con un ancho volante de gasa blanca y bullones. Lazos Luis XIII. Túnica redonda por delante y abierta por detrás formando conchas. Corpiño con aldetas cortas. Lazos de raso.

Flores en el cabello.

### EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

1.º Traje para niña de cuatro á ocho años.—Falda de poplín escocesa. Corpiño liso y mangas lisas. Pelerina Wateau, de tafetan negro, y segunda falda recogida á los lados. Sombrero de castor, adornado con terciopelo y plumas.

Botitas con punteras de charol.

2.º Traje para paseo.—Falda de terciopelo liso. Segunda falda de poplín gris perla, abotonada por delante, drapeada y formando *puff*. Corpiño con peto; manga lisa. Chaqueta de terciopelo, sin mangas, ajustada por detrás, y formando paletó ruso por delante, adornado con botones y bieses de raso: este mismo adorno forma las hombreras. El biés tiene 5 centímetros de ancho. Sombrero de terciopelo con encaje y plumas gris.

Botas de satén francés.

### EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 3.

Paño de butaca hecho al crochet y con serpentina. (Véase labores).

MADRID: 1872.—Imp. de Santos Larxé, Rio, 24.